

MARIO BRICENO—IRAGORRY



VOZ Y PRESENCIA DE
BOLIVAR

980.020924

689biv

TIP. "LA EMPRESA."

CIUDAD BOLIVAR

VENEZUELA

1944.

F980.000 /
B68961V

MARIO BRICEÑO—IRAGORRY

VOZ Y PRESENCIA DE
BOLIVAR



TIP. "LA EMPRESA."

CIUDAD BOLIVAR

VENEZUELA

1944.

Palabras de homenaje al
Libertador en el Liceo
Peñalver, el 24 de Julio
de 1944.

Señores:

Con profundo recogimiento patriótico nos reunimos una vez más para conmemorar el natalicio de Simón Bolívar. No sólo los hombres de Venezuela, sino también los ciudadanos libres del mundo, festejan en esta fecha gloriosa la memoria de quien fué símbolo y brazo de la libertad de un Continente. Celebrar el recuerdo de Bolívar no es rendir culto frío a una vida prodigiosa que se hundiera en la noche de la historia. En Bolívar alabamos la idea permanente de la independencia de nuestros pueblos y alabamos al mayor apóstol de la dignidad del hombre americano. En Bolívar ponderamos a nuestro primer filósofo y a nuestro más grande escritor público.

Por muchos años nuestra vida de nación se nutrió del recuerdo estático de Bolívar, como si su gloria bastase a suplir nuestra deficiencia de actos presentes. Tuvimos en el Libertador una fuente inagotable de motivos para el canto heroico y pa-

ra la exaltación de hazañas sin ejemplo, pero en cambio descuidamos la lección viva de su vida ejemplar. Hoy, una revaluación de la historia nos lleva a mirar los héroes como figuras llamadas a animar nuestra acción presente. Los héroes que forjaron en recia lucha las líneas de la Patria, viven con nosotros en constante obra animadora y buscan en nuestros actos de hoy la superación de su esfuerzo creador. Es el homenaje que debemos a su memoria. Cantarlos y ponderar por medio de fatigada hipóbole sus existencias magnificas nada representa como obra de Patria. Debemos ahondar su pensamiento más que porfiar en la alabanza de sus actos. Ellos pasaron, pero en cambio sobreviven las ideas que dieron impetu a su obra maravillosa.

La memoria de Bolívar adquiere en nuestros tiempos un valor y un significado de renovación. Su ideario siempre joven insufla aliento creador y da fuerza vivificante a esta generación de encrucijada a quien ha tocado el dolor de presenciar una de las más dolorosas crisis del pensamiento universal. Cuando hemos visto insurgir, con potencia de torrente, voces que intentan el retorno del hombre en la curva de su perfeccionamiento moral, la memoria de aquéllos que lucharon por la dignificación de sus conciudada-

nos, se alza en el horizonte como símbolo estupendo que da aliento a quienes se mantienen fieles a las consignas del espíritu.

Desde esa posición de idealidad educativa y de ejemplo llamado a fructificar en actos nuevos, el culto de los héroes constituye una reserva energética que los pueblos están en el deber de fomentar y enaltecer. Amar a Bolívar es una promesa de fidelidad a los grandes pensamientos que lo hacen permanente en el campo de la historia viva, de la historia que prosigue actuando para acabar la línea del perfeccionamiento humano. Desgraciadamente muchos han buscado la gloria de Bolívar como rica vestimenta, capaz de cubrir intenciones egoistas; y su culto no ha pasado muchas veces de mera palabrería para engañar al pueblo. De otra parte, se elevó el recuerdo del Libertador a cimas inaccesibles que rompían su justa proporción humana y se dieron a su figura contornos de leyenda que cerraron a los hombres los caminos de su propio encuentro creador. Encuadrado en el silencio esotérico de los intérpretes antojadizos, se hizo del Padre de la Patria una figura de milagro negada a la crítica de cada tiempo y de cada escuela. Culto falso y pobre que, a pesar de la facundia del elogio, distancia al pueblo de la verdadera función que a Bo-

lívar corresponde en nuestro proceso social.

Toda una larga tradición de bolivarianismo se ha fundado en el erradizo criterio de quienes creen que invocar la plenitud creadora del Libertador, sea suficiente para dar buenos sentidos a las cosas. Una recta y fecunda concepción de lo que es la función constante de Bolívar en el campo social, nos obliga a obrar, por lo contrario, como si fuera él quien buscara nuestra potencia actual para proseguir su inconclusa tarea de forjador de pueblos. Ni nuestra libertad ni nuestra independencia fueron ganadas en forma definitiva por el esfuerzo de los héroes. Ellos reclaman la acción nueva de las generaciones a quienes toca proseguir y perfeccionar la obra de los Padres de la Patria. Los héroes piden, para que sobreviva su propio pensamiento creador, la continua cooperación de los hombres del momento.

Con estos conceptos por numen, debemos dar espaldas a la vieja técnica de festejar a Bolívar en la misma forma en que se conmemoran los Santos del Cielo. Debemos apartarnos de la idea de que Bolívar puede hacer milagros con su solo nombre. Bolívar sí puede hacer milagros, si nosotros le prestamos nuestra voluntad de hoy; si lejos de empeñarnos en el esteril ditirambo y en el culto de la vieja historia

sentimental, hacemos consigna nuestra el deber de proseguir la obra maravillosa que él echó a andar en el nuevo mundo. Si nos esforzamos porque la historia reviva en nuestros actos con toda la potencia que guardan los siglos.

El pensamiento de Bolívar precisa mirarlo en sus alcances finales. Hombre dialéctico, siempre en trance de tornar en tesis las últimas conclusiones de la política, no desdeñó la contradicción cuando ella iba a dar reciedumbre a sus propósitos. Si en un momento crítico de la vida de Colombia desdijo aparentemente de sus convicciones estructurales de demócrata y revolucionario, lo hizo porque en su concepto lo primero era salvar la independencia de la República como entidad política, para después, sobre ese recio marco, darse a la tarea de perfeccionar el mundo de los derechos personales. Antes la casa, segura y libre; después el goce de la libertad entre los muros infranqueables para extrañas fuerzas. Y si hoy apareciera en su propia fisonomía de filósofo y guerrero, pondría su pensamiento y su espada victoriosa al servicio de la causa invencible del hombre libre, que lucha en el ancho campo de batalla del mundo por la permanencia de aquellas ideas que hacen práctica la dignidad humana. Aquellos sueñan quimeras quienes dicen que

el Libertador hoy miraría mejor hacia las fuerzas reaccionarias que en nombre de un orden caduco de injusticia se oponen al progreso indesviable de la personalidad en el campo del derecho y la equidad. Con el pueblo clamante de justicia estaría nuestro Libertador, codo con codo, librando la inacabable batalla por el triunfo de los principios que hacen grata la vida y aún aceptable la muerte. Y con el pueblo deben estar quienes se digan intérpretes del pensamiento vulcánico del grande hombre. Con el pueblo que se levanta en esta hora definitiva del mundo para hacer realizables las ideas que fueron norte de su hazaña libertadora. No es alabarle en su gloria indiscutible ni afanarse en la búsqueda del dato que más amerite su pasada existencia de legislador y de guerrero, lo que cumple a una recta devoción bolivariana. Amar a Bolívar es sentir y practicar sus ideales de desprendimiento, de libertad y de justicia. Amar a Bolívar es proseguir la obra que él dejó inacabada en el orden del perfeccionamiento de nuestras naciones. Bolívar pide vivir en nuestro discurso y en nuestros actos. Bolívar no se resigna a la segunda muerte a que le condenan quienes, con su nombre glorioso, lucran fama para interesada obra libresca o ribetes de patriotismo para intenciones personalistas. Bolívar

quiere vivir en el pueblo nueva vida de plenitud creadora que haga eficaz su sacrificio de mortal. Bolívar quiere que se interprete su pensamiento en la recta amplitud que significa darse al servicio de los hombres.

Aquí estaría diciendo, de estar en figura entre nosotros, las mismas buenas palabras con que orientó la conciencia política de América desde este sitio afortunado que da a la ciudad la gloria de ser la segunda cuna de Bolívar. Si las brisas del Avila y el murmurio del Anauco arrullaron la infancia inquieta del héroe, en cambio en el árido peñón de Angostura y agitada su melena por los aires bravíos que hacen temible el Orinoco, exhibió ante el mundo su figura ejemplar de legislador y de creador de pueblos. En este mismo recinto feliz, su palabra se alzó para pedir la creación de Colombia, hacia cuyo recuerdo van los hombres presentes con un esperanzado deseo de hacer más vigoroso y fecundo nuestro destino de pueblos. En Angostura, más que en Carabobo y Boyacá, crece la figura de Bolívar con contornos que le dan derecho a vivir en los anales del pensamiento universal. Batallas gana el arrojo y la fiereza, patrimonio también de los Boves y Zuazolas; en cambio Bolívar, al dar cuenta de su gestión de libertador y proponer la forma y la estructura del nuevo

estado político que surgía del meditado esfuerzo bélico, se irguió en este propio sitio con arreos que le enciman sobre el nivel de los hombres y le dan sitio en el banquete inmortal de los filósofos.


La circunstancia feliz de haber librado el héroe su máxima batalla en el recinto de la vieja Angostura, hasta entonces baluarte del empeño colonizador de España, da lustre singular a esta ciudad, cuyo onomástico hoy conmemoramos. "Angostura! tú fuiste el punto desde donde Bolívar movió la palanca que arrojó más allá del Atlántico al Ibero. Angostura, tú te llamas Bolívar!", exclamó con su fastuoso verbo la musa romántica de Juan Vicente González, cuando el Congreso de 1846 dió a esta ciudad el glorioso nombre de Bolívar. "Angostura, tú te llamas Bolívar". Tu, señora de río "tan grande e tan fondo e de tierra tan hermosa", posees hoy un nombre que vale sobre los encantos y las riquezas con que te dotó naturaleza! Tienes por divisa el nombre de Bolívar. ¿Qué más quieres por timbre y por presea, ciudad feliz?

La gloria de la fecha bolivariana ha hecho olvidadizo el significado municipal de la efemérides. En este día de Bolívar la ciudad debiera festejarse a sí misma con profundo sentido de comunidad organizada. Es el día de su fiesta familiar,

propicia a la exaltación de los viejos valores que dan claror a sus anales. Otras ciudades de la Patria celebran su día natal, muchas veces incierto por falta de precisión en sus orígenes. Caracas ha escogido por suyo el día de su nombre colonial; Tocuyo y Guanare rememoran la vieja fundación española; otras festejan su Patrón cristiano. Viven en ellas el recuerdo de la vieja vida española y de la permanente fe religiosa. La vieja Angostura, por singular privilegio republicano, prefirió a la estrella con que debía figurar en los colores de la Patria, el propio nombre de Bolívar. Y si por el brillo de la memoria universal del héroe epónimo, la ciudad ha descuidado festejarse a sí misma en esta data de su nombre, es tiempo de que el Municipio asuma el deber de buscarse por medio de la propia evocación de sus anales y por el meditado examen de sus atributos públicos. Fiesta de la ciudad, ella llama a la memoria de su dilatado lustre y promueve la acción de la colectividad hacia la búsqueda de un vigoroso espíritu de cooperación ciudadana que haga posible la realización de su gran destino humano. Que esta fecha, señores, dedicada a honrar la memoria del Padre de la Patria, sea en esta ciudad de Bolívar ocasión de pensar en forma constructiva y anhelosa en el magnífico futuro que está reservado a

esta rica porción del suelo patrio, donde tomó impulso creador el movimiento que hizo posible la independencia y la libertad del país y donde busca apoyo la palanca económica que habrá de hacer realidad las promesas y los votos por una Venezuela donde la vida sea grata por el disfrute de los atributos de independencia y libertad que hacen digna la existencia humana y cuya general consecución es norte de la política progresista que dirige desde el Capitolio Federal el ilustre Presidente Medina Angarita. Sirviendo a estas ideas de Patria grande, probaremos nuestra adhesión y nuestro afecto a la memoria de Bolívar, y seremos obreros, como lo fué él, en la fábrica maravillosa de la república. Seremos obreros del mundo nuevo, donde la aurora, que hace distante la intensidad de nuestros sueños, ilumine, por la libertad y la justicia, la vida de los hombres.

Señores!



—36.656—
D. 28 C. 74
Duplicados

